

hermanos por sus caprichos altaneros y sus fastuosas profusiones, había hecho dimision de su cargo en un acceso fantástico de fervor, y había pasado á la Tierra Santa, donde se proponia acabar sus dias. Los monges se apresuraron á poner en su lugar á Hugo, prior de Marcigni, que murió al cabo de cinco meses. Inmediatamente despues eligieron á Pedro Mauricio, descendiente de la antigua casa de Montboissier, y dotado de cualidades personales que le han granjeado el nombre de venerable. Ponce por su carácter no podia estar contento mucho tiempo en las soledades oscuras y estériles de la Palestina, por lo que volvió á acercarse al teatro de su antigua grandeza, y edificó un pequeño monasterio en Italia en el obispado de Treviso. Esta renovacion de fortuna, lejos de fijar su ligereza, sirvió solo de cebo á su ambición, que no cesaba de retratarle las imágenes de la magnificencia de Cluny, hasta que al fin le volvieron la cabeza en términos que le hicieron tomar el partido de recobrar de un modo ó de otro su antigua posición. Mas para volverse á presentar en Francia con algun éxito favorable á sus ideas, creyó deber hacer un papel nuevo para él y se resolvió á fingirse santo. Empezó buscando partidarios que hiciesen correr por todas partes la voz de que estaba continuamente orando; que llevaba cadenas de hierro debajo de los hábitos; que pasaba semanas enteras sin comer, y que curaba con sus oraciones toda clase de enfermedades.

Habiéndose adelantado á él esta reputacion en el camino de Cluny, donde había declarado no querer presentarse, se fué acercando poco á poco; y habiendo sabido que Pedro estaba en Aquitania á negocios de la orden, recogió algunos monges fugitivos y muchos legos armados, redobló su marcha y acometió de repente al monasterio (1).

(1) Petr. Vener. lib. 2 de mirac.

Echó de él al prior Bernardo, anciano venerable, dispersó los monges, obligó con amenazas y tormentos á algunos de los que pudo detener á que le prestasen juramento de fidelidad, y puso á los demás en una dura prision. Hecho así dueño absoluto de todo, se apoderó de las cruces, de los relicarios y de los cálices, los hizo fundir, y sacó una gran cantidad de oro para pagar el sueldo á los bandidos que tenia consigo, sin exceptuar las mugeres sin pudor, las que no se avergonzaba de llevar en su comitiva. Por último, se apoderó de las granjas y castillos del monasterio; todo lo llevó á sangre y fuego, y sostuvo aquella guerra sacrilega desde el principio de Cuaresma hasta el mes de octubre, defendiéndose el prior y los principales religiosos como podian en los lugares mas difíciles de forzar (1125).

Habiendo llegado el ruido de este escándalo á los oídos del Papa, envió al momento legados que pronunciaron el anatema contra Ponce y su faccion; y despues mandó á Pedro Mauricio y á Ponce que se presentasen en Roma para juzgarlos por sí mismo. Pedro se puso inmediatamente en camino con las personas mas distinguidas que tenia la orden, entre ellas Mateo, prior de San Martin de los Campos de París, que estaba encargado de llevar la palabra. Ponce tuvo la osadia de comparecer acompañado de algunos monges de su partido. Como estaba excomulgado, mandó el Pontífice decirle que se pusiese en estado de obtener la absolucion, segun los cánones, antes de presentarse al juicio. Mas él contestó que no había en la tierra quien pudiese excomulgarle, y que solo San Pedro en persona tendría poder para ello. El Papa, indignado con este delirio de orgullo, abandonó al insensato á su ceguedad voluntaria y encargó se exhortase á sus secuaces á que fuesen mas dóciles. Confesáronse estos culpables, entraron con los pies descalzos en el palacio, pi-

diendo con humildad la absolucion y la lo-graron. Procediése acto continuo al juicio; y siendo claro el derecho, únicamente se trató de comprobar los hechos. Retiróse el Papa con toda su comitiva por algunas horas, despues de haber oído á las dos partes: regresó luego, ocupó su asiento y mandó pronunciar la sentencia en estos términos: «La Santa Iglesia romana depone para siempre á Ponce, usurpador sacrilego y cismático, y asegura al abad Pedro el monasterio de Cluny con todas sus dependencias.» Apenas fué pronunciada esta sentencia, los monges engañados por Ponce se reunieron cordialmente á sus hermanos, y todo el fuego de aquel horrible cisma se estinguió en un momento. El Papa hizo encerrar á Ponce en una torre, donde aquel génio soberbio perseveró en la impenitencia y murió poco tiempo despues: no obstante, por consideracion al ilustre monasterio de que había sido abad, el Pontífice le mandó enterrar en sagrado, aunque sin ningun aparato.

En el mismo año del cisma de Cluny, el monasterio de Monte-Casino, que tenia en Italia la alta preeminencia de honor y de mérito que los cluniacenses gozaban en Francia, cayó tambien en un cisma que no fué menos escandaloso (1). Su abad Oderiso, de carácter muy semejante al de Ponce, se abandonó á los mismos extravíos. Cuando el Papa Honorio no era mas que cardenal obispo de Ostia, había sufrido de aquel un desaire humillante; y cuando le elevaron al pontificado, el abad imprudente, naturalmente mordaz, soltó algunas impertinentes proposiciones sobre el nacimiento del nuevo Pontífice, y puso de algun modo en ridículo su literatura. Algun tiempo despues Honorio, hallándose en el castillo de Fumona, hizo venir á Oderiso, y en presencia de muchos legos le reprendió fuertemente sobre

la disipacion de los bienes del monasterio, llegando á decirle que no era un abad, sino un grande del mundo y un oficial militar. Habiéndose exasperado de este modo de una parte y otra los ánimos, el conde de Aquino, que no amaba á Oderiso, escribió á Honorio que este abad soberbio hablaba mal de él en cuantas ocasiones se le ofrecian, y citó casos particulares y bastante circunstanciados para que el Pontífice llamase á Oderiso á su tribunal. Negóse el abad á comparecer; y el Papa, habiendo repetido por dos veces la citacion segun las formas canónicas, pronunció contra él la sentencia de deposicion, añadiendo que aun cuando no tuviese otra culpa que su contumacia y orgullo, bastaban para condenarle.

Despreció Oderiso la sentencia, y algunos dias despues se sentó en la silla abacial con el báculo en la mano, ejerciendo todas las funciones de costumbre. Justamente irritado Su Santidad, le excomulgó públicamente con todos sus cómplices, lo que causó una division muy acalorada entre los monges y los pueblos de las cercanías dependientes de la abadía, hasta que estos, habiéndose hecho los mas fuertes, obligaron á los monges á echar á Oderiso y á elegir otro abad. En efecto, eligieron á su dean Nicolás; pero algunos religiosos antiguos escribieron en secreto al Papa que la eleccion era irregular, y obra solo de la intriga. Quedó bien justificada esta acusacion por la conducta de Nicolás; pues para sostener su partido se apoderó de la mucha plata de la iglesia, sin perdonar á un altar de oro adornado de pedrería, ni á otros muchos regalos de un precio inestimable, consagrados por la devocion de tantos Papas y príncipes. En una palabra, la profanacion rayó tan alto, que el afecto que le tenían sus monges se trocó en horror y ódio implacable. Pero su robo le había puesto en estado de sostener la guerra que siguió con tanta obstinacion

(1) Chron. Cass. lib. 4, cap. 31 et seq.

B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.



como furor. Olerisó por el contrario, amaestrado por la adversidad y por la firmeza inflexible del Papa, se arrojó á sus pies, y renunció la abadía en sus manos. Depuso despues el Pontífice á Nicolás, excomulgó á todos sus secuaces, é hizo elegir abad al preboste del monasterio de Capua, llamado Seignoret (1127). Sometióse entonces Nicolás y abandonó las fortalezas que ocupaba. Causó tanta satisfacción á Honorio el haber dado fin á este escándalo, que contra su costumbre se trasladó á Monte Casino para dar á Seignoret la bendición abacial que sus predecesores habian ido siempre á recibir á Roma. No obstante, quiso que el nuevo abad le prestase juramento; mas los monges replicaron que este juramento se exigia de los obispos y de los demas abades porque muchas veces habian caído en la heregia ó sostenido doctrinas contrarias á la de la Iglesia romana; pero que no sucedia así con sus abades. El Papa cedió ante estas razones que equivalian á un juramento formal.

El orden de Cluny en el espacio de trece años de un gobierno como el de Ponce, no habia podido dejar de sufrir golpes considerables en la regularidad de sus observancias; pero los religiosos conservaban toda la altivez de la preeminencia en que los habia establecido la reputacion de sus padres; y así no vieron sin emulacion al instituto del Cister, que estaba en el más alto grado de su fervor, tomar el primer lugar en punto á la regularidad, y quitarles la estimacion pública que siempre la acompañaba. No habiendo causa alguna para criticar la pureza de sus observancias, procuraron hacerlas pasar por impracticables, al menos de un modo indirecto, quitándoles algunos sugetos, con el pretexto de haberse comprometido sin reflexion á una perfeccion á que su debilidad no podia llegar nunca. Habia ya el abad Ponce corrompido

así á un jóven profeso llamado Roberto, primo-hermano de San Bernardo, y que vivia bajo su direccion en Claraval. Habia enviado para ello á su gran prior, que tratando de indiscrecion y de locura la austeridad, persuadió al jóven Roberto á que abandonase el monasterio, y le llevó á Cluny donde hizo una nueva profesion. Escribió en vano San Bernardo á Roberto cuanto la ternura de la amistad y la union de la piedad pueden inspirar mas á propósito para mover, y cuanto puede dictar la elocuencia mas eminente (1). Pareció el desertor insensible mientras Ponce conservó su dignidad, y no volvió á Claraval hasta que Pedro Mauricio fué abad de Cluny.

Habiase terminado la contienda; pero las reflexiones producidas por una y otra parte sobre el valor y cumplimiento de las respectivas observancias, no proporcionaron ventaja alguna á Cluny. Los agresores, á quienes tan mal habia salido el ataque, volviéronse quejosos y acusaron á San Bernardo de que los deshonoraba. Formalizaron esta queja con tanta publicidad, y tantas veces la repitieron, que sus amigos le obligaron á justificarse. Escribió en efecto para ello una apologia dividida en dos partes (2), de las que la primera se dirigia á disculpase de las invectivas que se le imputaban falsamente, y la otra á dar á conocer las justas razones que habia tenido para reprender algunas relajaciones verificadas. Sin duda seríamos, dice, los mas infelices de todos los hombres, si cubiertos de andrajos, como nos dice á muy bien, osásemos desde nuestras cabañas infamar vuestro illustre instituto, y desde el fondo oscuro de nuestro desierto desacreditar á los que son luces del mundo, atentando á la reputacion de tantos santos que viven entre vosotros.

(1) S. Bern. Ep. 1.

(2) Opusc. 5, tom. 1.

Si así fuese, ¿de qué nos servirian nuestros trabajos y nuestras austeridades, sino para precipitarnos mas tristemente en el abismo eterno por la odiosa senda de la detraction y de la hipocresia? Protesta despues, que ha profesado siempre mucho aprecio y afecto al orden de Cluny: que venera y ama mucho á todos los órdenes, que con los fieles de toda condicion, de todo sexo y de toda edad componen una misma iglesia. Dice que es imposible que un instituto solo abraza á todos los hombres, ó que un solo hombre abraza todos los institutos: que él los abraza por la caridad que puede producirle el fruto de la observancia que no practica, y tal vez con mas abundancia que á aquellos que la practican; y por último, reprehende á aquellos hermanos suyos que censuraban á los monges de Cluny.

Sin embargo, en el resto de la apologia, al justificar las correcciones que encontraba necesarias en las instituciones de Cluny en cuanto á la práctica, sigue los vivos impulsos de su celo, y critica fuertemente la relajacion introducida en ellas. Hablando primeramente en general: dice, «admiro de dónde ha podido nacer entre los monges tanta intemperancia en las comidas, tan vanas superfluidades en los vestidos, muebles y equipages, y un trastorno tal en las ideas mismas, que á la economía y á la frugalidad se trata de avaricia, á la templanza de rústica austeridad, al silencio y recogimiento de humor atrabiliario. Pasa al contrario por discrecion la relajacion, la profusion por liberalidad, y la locuacidad y disipacion por afabilidad y cortesania.»

Desciende en seguida al pormenor de los puntos dignos de reforma, condenando el esplendor de los banquetes donde se amontonan manjares sobre manjares, y en vez de carnes, de que están obligados á abstenerse por su estado, se sirven pescados enormes, ó mas bien monstruos es,

quisitos «sazonados con tanto arte que el apetito se renueva á medida que se apaga, y que despues de haber traspasado muy mucho los límites de la templanza se halla mas irritado que despues de haber pasado un largo ayuno. En cuanto á la bebida, se ha perdido el uso del agua con el del vino, y pluguiese á Dios que el vino fuese la única bebida para satisfacer á la necesidad; mas para escitar la sed igualmente que la gana de comer, se acude á licores y á otras bebidas artificiales. Han hallado tambien el secreto de quebrantar la abstinencia mas sagrada para nuestros padres; algunos religiosos jóvenes, cuya gordura y frescos y encendidos colores anuncian una salud robusta, declarados enfermos porque andan con un baston ó báculo, van á favor de este artificio ridículo á la enfermeria á llenarse y regalarse con toda especie de carnes. ¿Vivan pues así, concluye, los santos abades Odon, Mayeal, Odilon y Hugo?»

San Bernardo no es menos elocuente tratando sobre el lujo de los vestidos y de los equipages. «¡Ah! dice, no puedo pensar en esto sin dolor! Nuestro vestido que era el símbolo de la humildad, no es ya mas que una ostentacion de orgullo. Apenas encontramos en nuestros climas telas bastante hermosas con que vestimos. El oficial y el monge compran un mismo paño, el uno para su uniforme, y el otro para su manto. En cuanto á la comitiva y equipages hay abad que viaja con tanta pompa y caballos, que su comitiva bastaria para muchos obispos. He visto á uno caminar con sesenta caballos, de suerte que se les tendria por gobernadores de provincias, y no por superiores monásticos, ó mas bien por príncipes que por pastores.» Reprende por último la magnificencia de las iglesias que agota el patrimonio de los pobres, y que es inútil para solitarios, gentes del todo inte-



riores, que no tienen que pretestar como los obispos la necesidad de sostener el culto público y de reanimar la devoción de los pueblos con el aparato exterior (1120).

A esta censura, propuesta bajo el título de apología, respondió Pedro el Venerable, sin faltar á la caridad mas circunspecta, y dando al mismo tiempo á San Bernardo pruebas de una estimación y amistad muy tiernas (1). Conocía la ventaja de su santo antagonista en muchos artículos que sin duda habria querido él mismo reducir á su perfección primitiva, conviniendo en que los abusos que en ellos se reprendían eran unos lenitivos de la regla; pero añade que por un espíritu de discreción y de caridad se podían mudar ciertos puntos que parecía haber sido censurados por otros monges del Cister: que estando muy mudadas las costumbres despues del tiempo de los primeros solitarios, no parecía ya decente que los seculares viesan á los mismos religiosos guardar sus rebaños, labrar sus tierras y subir despues al altar para celebrar el santo sacrificio. En cuanto á la independencia en que estaban del ordinario, dice que si ellos no reconocían en todo la autoridad de los obispos diocesanos, se gloriaban de tener por obispo á aquel á quien por derecho divino tocaba la primacía sobre todos los pastores, y que esta clase de privilegios estaba en uso desde el tiempo de San Gregorio. De este modo los dos santos abades dieron cada uno á sus razones los colores mas plausibles. Ellos no se persuadieron, pero no por esto padeció nada la caridad. En otras muchas cartas suyas se hallan pruebas constantes de la amistad recíproca que la estimación les habia inspirado, y que no acabó sino con la vida.

Bernardo, famoso por sus luces, por sus virtudes, y ya por algunos milagros que se

(1) *Lib. 1, ep. 28.*

contaban de él, empezó bien pronto á ser buscado para los asuntos mas importantes de la Iglesia y del Estado. Era conocido particularmente de Mateo, antiguo prior de San Martín de los Campos, que acompañó á Pedro el Venerable en su viaje á Roma, y cuyo mérito fué tan apreciado por el Papa Honorio, que le retuvo á su lado y le hizo cardenal y obispo de Albano. La semejanza de las inclinaciones y de las virtudes era el sólido fundamento de su grande afecto á Bernardo. Mateo conservaba tan entero el espíritu de su primer estado, que debajo de la púrpura nada cercenó de las observancias monásticas (1). Conservó la salmodia larga de Cluny, continuó diciendo misa todos los dias, y vivió tan solitario en el palacio pontifical, que Honorio decía algunas veces que Mateo era mas monge que cardenal. Este sábio y piadoso prelado habiendo sido enviado de legado á Francia, llamó á San Bernardo al concilio que tuvo en Troyes el año de 1128. En vano el santo abad se quejó de que se le arrancaba de su claustro para hacerle pasar la mayor parte del tiempo en el tumulto del siglo que habia abjurado: que si los negocios en que se quería que tomase parte eran fáciles, podían tratarlos sin él; y que si no podían hacerse sin su asistencia, la voz de Dios le habia engañado llamando á la vida monástica á un hombre sin el cual no podían despacharse (2). A pesar de su repugnancia le fué necesario partir, y tomar puesto entre los señores y los mas ilustres prelados.

Hugo de los Paganos, gran maestro de la nueva milicia del Temple, ya establecida nueve años antes y todavía reducida á nueve caballeros, era el sexto de su orden, y se halló en este Concilio. Su primer voto, aprobado por el patriarca de Jerusalem y por los

(1) *Petr. Vener. lib. 2 de mirac. cap. 14.*

(2) *Epist. 21.*

demas obispos de Palestina, fué de proteger las peregrinaciones contra los infieles y los bandidos que infestaban los caminos. El rey Balduino II les dió alojamiento en el palacio que tenia cerca del templo, de donde les vino el nombre de templarios. El gran maestro habia venido al Concilio de Troyes con los principales caballeros para proponer en él las observancias que añadían á los votos ordinarios de religion, y hacer aprobar solemnemente aquel orden nuevo, religioso y militar todo á un tiempo. Habiendo juzgado los Padres que era necesario darles una regla fija y exacta que fuese aprobada por el Papa, la redactó Juan de San Miguel, por haberse negado á ello San Bernardo y á petición del Concilio.

Segun esta regla (1) deben los caballeros asistir á los oficios tanto de dia como de noche; y cuando el servicio militar se lo impida, rezarán trece Padre nuestros en lugar de maitines, siete por cada una de las horas menores, y nueve por vísperas. Comerán de pescado los lunes, miércoles, viernes y sábados, y además en los viernes se abstendrán de huevos y leche lo mismo que de carne. Cada caballero puede tener un escudero y tres caballos: se les prohíbe la caza, pero deben perseguir las fieras cuando se les presente la ocasión de hacerlo: no pueden tener hermanas de su orden como tenían muchos religiosos, y no deben dar el beso á ninguna muger ni aun á sus mas próximas parientas. Habiendo sido confirmada esta regla por la Santa Sede, se acreditó la orden en todos los Estados cristianos, y se multiplicó maravillosamente en poco tiempo el número de sus individuos, adquiriendo por último aquella grande opulencia que les fué luego tan funesta. Los templarios llevaban una cruz encarnada sobre su hábito blanco para dis-

(1) *Mabil. Admonit. in opusc. 6, S. Bern.*

tinguirse de los caballeros del hospital de San Juan, que llevaban cruz blanca sobre el hábito negro.

Estos habian sido instituidos religiosos por una Bula del Papa Pascual II, dada en Benevento en 15 de febrero de 1113. Antes que los cruzados se hubiesen hecho dueños de Jerusalem, algunos mercaderes italianos habian edificado para los peregrinos cerca del Santo Sepulcro un hospital en honor de San Juan Bautista. El beato Gerardo, provenzal de nacion, era director de él cuando los cruzados conquistaron la Tierra Santa; y como muchos de ellos se consagraron con sus bienes al servicio de este hospital, los hermanos hospitalarios se vieron en estado no solo de alojar con comodidad á los peregrinos, sino tambien de defenderlos contra las violencias y latrocinios de los sarracenos. Gerardo creyó entonces que convenia obligarse, tanto él como sus hermanos, con los votos religiosos; y efectivamente, hicieron los tres de religion en manos del patriarca de Jerusalem y obtuvo luego la confirmación del Sumo Pontífice. A su muerte, acaecida por los años de 1121, no dejó por regla mas que el recuerdo de los grandes ejemplos de su humildad y caridad; pero Raimundo de Pui, que fué elegido entonces gran maestro, formó estatutos de acuerdo con todos los hermanos, tanto clérigos como legos.

Sobre la observancia de los tres votos de castidad, obediencia y pobreza, se les prescribió no exigir como de justicia nada mas que pan, agua y un vestido vil cual conviene á los servidores de los pobres: no deben viajar solos, sino acompañados con los hermanos que designase el gran maestro, á fin de ayudarse mutuamente á conservar la pureza de costumbres: su circunspección con respecto á las mugeres debe llegar hasta no permitir que les hiciesen la cama; tambien se dispone que no estén jamás á oscuras,